

Crítica a la teoría social clásica

NICHOLAS GANE

Los ataques a la teoría sociológica clásica se intensificaron desde mediados de la década de los ochenta. Las razones más importantes que podrían explicar esta situación son el cambio de nuestras condiciones sociales, particularmente por el colapso del socialismo de Estado a finales del siglo pasado, y el surgimiento de formas económicas, políticas y culturales globales. Sería imposible en un trabajo como este hacer mención a todos los desafíos que se le presentan a la sociología motivados por estos dos fenómenos. Sin embargo, examinaremos tres de los más significativos cuestionamientos recientes que se les han hecho a los representantes de la sociología clásica, Auguste Comte, Karl Marx, Émile Durkheim y Max Weber. Nos referimos a la teoría de la postmodernidad, la teoría reflexiva y el globalismo. Al final haremos una reflexión sobre los retos de la sociología ante estos procesos de reconsideración.

LA TEORÍA POSTMODERNA

Durante la década de los ochenta, teóricos como Jean-François Lyotard, Jean Baudrillard, Michel Foucault y Zygmunt Bauman se dieron a la tarea de retar muchos de los supuestos de la teoría social clásica. Sus trabajos, asociados ampliamente con el postmodernismo y el postestructuralismo (Gane, 2002) (movimientos que se originaron como discursos críticos en el arte, la arquitectura y la literatura), criticaron el núcleo de las ideas clásicas de “lo social”, además, inspiraron a una generación de teóricos

postmodernos que procedieron a la deconstrucción de muchas de las meta-narrativas de la tradición sociológica. Para el propósito de este trabajo, esquematzaremos los enfoques que apuntan a temas clave en esta crítica.

El más prominente, y quizá el más osado crítico de las ideas provenientes de la Ilustración, es el teórico francés Jean Baudrillard, quien en su trabajo *In the silent majority of the masses*, presenta tres probables escenarios de debate: primero, que lo social nunca existió en la realidad, “jamás ha existido sino como simulación de lo social y de la relación social” (1983: 71); segundo, que lo social ahora existe por todas partes y revierte todo (con la implicación de que existe en todo lugar y en ningún lugar); y tercero, que lo social realmente existió pero dejó de existir. Baudrillard trata este elemento clave de la sociología clásica como el efecto de un simulacro de segundo orden – el orden de la producción en masa y las relaciones de clase (Baudrillard, 1993)– que desaparece con el surgimiento de formas digitalizadas de simulación y la circulación en masa de signos (o códigos). Establece también que: “lo social sólo existe en una perspectiva de espacio, se muere en el espacio de la simulación” (1983: 83). En otras palabras, lo social es un efecto de la “realidad”, que como aquél, también ha desaparecido. De esta manera, para este autor la posición marxista tradicional, basada en la propiedad privada de los medios de producción, también ha desaparecido ya que las clases sociales, clave en el concepto de orden social, se han esfumado. Con el advenimiento de las nuevas formas de si-



mulación y simulacro, Baudrillard argumenta que lo social (el sujeto, la clase, el proletariado) pierde toda definición. Así, el proceso social que denomina *implosión* hace que estas categorías se pierdan entre las masas que cada día se tornan silenciosas y apolíticas (aunque al mismo tiempo el silencio se convierte en una poderosa estrategia apolítica) (Baudrillard, 1983: 19).

Como pudimos observar, la visión de Baudrillard, innovadora y a su vez provocativa, ataca fundamentalmente uno de los supuestos predominantes de la visión marxista, tal es la de las relaciones de clase. Visto así, este sociólogo va mucho más allá de Marx no sólo por el tratamiento de estas relaciones y de lo social, sino también porque el curso particular del desarrollo socio-histórico occidental lo ve como un producto temporal y no como leyes inexorables. Esta idea de Karl Marx que erróneamente condiciona lo social a la clase -afirma Baudrillard-, abre otros cuestionamientos radicales de la supuesta universa-

lidad de lo social. Por ejemplo, cuando ubicamos desde el inicio de la modernidad el surgimiento de las ideas de lo social, los “derechos del hombre” y el contrato social de Jean-Jacques Rousseau, nos preguntamos ¿Qué tan inclusivo es lo social?, ¿Son los derechos particulares o universales?, y el contrato ¿entre quienes se establece? Vemos así que estas cuestiones son centrales para la sociología política postmoderna (Nash, 2000) y también para los debates recientes sobre los valores de la sociedad “democrática” occidental.

Al hacer los cuestionamientos anteriores podemos encontrar en la teoría postmoderna (si es que existe una forma coherente y definible) un ataque radical a los valores centrales considerados como sagrados por las sociedades occidentales. Visto así, Baudrillard es uno de los pocos que sugiere la muerte de lo social, ya que en trabajos de otros teóricos radicales postmodernos, este concepto, piedra angular de la teoría social clásica, es incluido, por ejemplo Lyotard (1984). Otros teóricos radicales de la postmodernidad, al contrario de Baudrillard, por una parte, convergen en su aceptación, o quizás en su afirmación de que el conocimiento no nos lleva como una ley a un estado utópico (como lo proponen Comte o Marx, por ejemplo)¹; y por la otra, ponen lo social bajo escrutinio al buscar la emergencia de nuevas formas de sociabilidad, por ejemplo Maffesoli (1995) y, al teorizar lo social en conexión con los nuevos asuntos culturales como la identidad o el consumo, tal como lo tratan Featherstone (1990; 1995) y Bauman (1998b)².

¹ La teoría postmoderna desaparece la idea de la teoría social clásica de que la historia contiene un fin o *telos*, que encadena el curso del progreso humano, argumentando que ésta es de carácter genealógico (ver Foucault, 1977); es decir, construida por eventos aislados que nunca garantizan ser mejores que los anteriores.

² Featherstone y Bauman inventan nuevas formas sociales basadas en una noción de diferencia cultural que no son el resultado de un trabajo predeterminado hacia un fin o *telos*, sino que se encuentran abiertas o en experimentación, o en términos de Lyotard (1984) en el “futuro anterior” o “lo que pudo haber sucedido”.

TEORÍAS REFLEXIVAS

Durante el comienzo de la década de los noventa, algunos teóricos europeos, entre los cuales destacan Anthony Giddens, Ulrich Beck y años después Zygmunt Bauman, construyen nuevas concepciones contra los enfoques postmodernos referentes a la sociedad y la cultura. Más que buscar transgredir las formas culturales y sociales modernas, estos pensadores presentan el caso de la emergencia de una segunda modernidad, diferenciada de la modernidad de los clásicos por su reflexividad, su incertidumbre y su fluidez. En su análisis sobre la transición de la primera modernidad (industrial) a la segunda modernidad (reflexiva), Giddens, Beck y Bauman han esquematizado el nacimiento de una nueva condición social, explicando el cambio y la continuidad dentro de los supuestos de la teoría clásica.

La idea de una segunda modernidad (reflexiva), logra pleno reconocimiento con la publicación de la *Reflexive modernization* en 1994. El eje central de este libro es el intercambio de ideas entre Anthony Giddens y Ulrich Beck sobre el concepto de modernización y, por ende, sobre la trayectoria y el destino de las sociedades modernas occidentales. Por una parte, Giddens mantiene una posición cercana al pensamiento clásico proveniente de las ideas de la Ilustración: la segunda modernidad se caracteriza por una mayor reflexividad, o simplemente por un aumento en nuestra capacidad para reflexionar o, al menos, conocer los problemas y consecuencias de la modernización. Por la otra, Beck (1999: 109-110) se opone a esta posición, argumentando que el incremento de la capacidad de reflexionar (*Reflexivität*) de la vida contemporánea proviene, contrario a la creencia de Giddens, de nuestra inhabilidad para entender, o tal vez identificar las consecuencias de la modernización, y que la reflexividad, por lo tanto, se refiere a un estado colectivo de *non-knowing* o inconsciencia (*Nicht-Wissen*). La divergencia de estos sociólogos nos lleva a dos diferentes posturas al ex-



plicar la transición de la sociedad industrial (primera modernidad lineal enunciada por Marx, Durkheim y Weber) a la segunda modernidad reflexiva, o lo que Beck (1992) denomina la sociedad del riesgo de hoy.

Para Beck el punto central de la transición de la primera a la segunda modernidad es que la modernización reflexiva desplaza la forma social industrial mediante las propias consecuencias de ésta. En otros términos, los efectos secundarios de la modernización tales como la contaminación, el desempleo, la pobreza y la exclusión, ahora toman un lugar primordial y comienzan a dominar todas las áreas de lo público, la vida privada y la política. Con esto, la autoconfianza de la primera modernidad, basada en una expansión económica e industrial continuada y sin barreras, es desplazada por una condición general de ansiedad e incertidumbre – una visión muy diferente a la ofrecida por los teóricos clásicos como Comte, Durkheim y Marx-. Ya no se habla de un progreso hacia un estado utópico que se gobierna por el uso de la ciencia, sino por la emergencia de una sociedad envenenada por la lógica de su propio desarrollo. En este aspecto, Beck establece diferencias importantes con las creencias de Weber referentes a la fuerza de las “consecuencias no intencionales” y la “irracionalidad de la racionalidad”.

Para Weber, el desarrollo occidental se caracteriza por una transición de valores (*Werturationalität*) hacia una racionalidad instrumental (*Zweckrationalität*) en el que juegan un rol central las consecuencias sin intención de ésta última (ética protestante). Mientras que para Beck, son las consecuencias sin intención del racionalismo instrumental (por medio de la búsqueda del control científico) las que impulsaron el cambio social contemporáneo. El cambio de una sociedad tradicional a la modernidad puede ser vista como la consecuencia no esperada de las formas de los valores racionales (Weber), y de la primera a la segunda modernidad como la consecuencia no esperada de la actividad (Beck) de la racionalidad instrumental (científica). Esto nos lleva, además, a otras diferencias. Mientras que Weber, al igual que Comte, Durkheim y Marx, manifiestan una distinción entre la autoridad del científico y de la persona común (el *dilettante*) (Weber, 1970; Bauman, 1987), para Beck esta distinción ya no es clara, dado que los peligros de la modernidad reflexiva (como la amenaza de una catástrofe nuclear o las consecuencias de comer alimentos genéticamente modificados) no pueden ser entendidos o pronosticados con certeza por parte del experto ni mucho menos por el ciudadano común.

Al decir esto, Beck parece concordar con Giddens, quien argumenta que al apartarnos de un mundo tradicional de “riesgos externos”, en el cual los peligros vienen de la tradición o de la naturaleza, a uno de “riesgos manufacturados”, los peligros se incrementan por nuestras propias intervenciones en la naturaleza (el calentamiento global es un ejemplo). Giddens explica:

...nuestra era no es más peligrosa –ni más riesgosa– que las generaciones precedentes, pero sin embargo, el balance de los riesgos y peligros han cambiado. Ahora vivimos en un mundo donde los riesgos creados por nosotros mismos son como un espectáculo que viene de afuera (1999:34).

Como Beck, Giddens observa a esta nueva condición post-tradicional como más incierta, ya que no sólo los riesgos manufacturados tienen precedentes históricos, sino que no pueden ser calculados del todo, por lo que se desconocen en su mayoría. De la misma forma, Giddens ve un nuevo nivel de reflexividad en esta condición, ya que la persona común por ejemplo, se ve comprometida activamente con el conocimiento del “experto”, y al elegir qué riesgos tomar, elige también el nivel de confianza puesto en los demás.

En un nivel más profundo, Beck y Giddens abandonan la naturaleza de dicho proceso de modernización. Beck argumenta, a diferencia de Giddens, que la modernización reflexiva no es dirigida por reflexión o intención, sino que es “autonomous, undesired and unseen” (1994: 6), y que la emergencia de la modernidad reflexiva rompe la “mono racionalidad” (para Weber, *Zweckrationalität*) de todo conocimiento del experto, llevándonos de esta manera a la incertidumbre, a la inocencia, y a la emergencia de nuevas formas “subnacionales”. Beck resume sus diferencias con Giddens de la siguiente manera:

Giddens subestimó la pluralización de racionalidades y agentes del conocimiento y el rol clave de los saberes, y silenció los tipos de sentido común que constituyen y estabilizan en primer lugar la discontinuidad de la modernización reflexiva (1999:130-1).

Con dicho argumento, Beck se distancia más que Giddens de la narrativa clásica del progreso (fundamento claro en Comte, Durkheim y Marx), ya que ve la modernización reflexiva como la desintegración de los ideales lineales de medios y fines de control, orden y seguridad. Esto hace que avancemos a un mundo en el cual la incertidumbre permea todos los aspectos de la vida.

La posición de Beck encuentra un eco en el trabajo reciente de Zygmunt Bauman. Este autor,

pionero de la sociología postmoderna de finales de los años ochenta y comienzos de la década de los noventa, se ha centrado en la “posición de las dos modernidades” (ver Bauman, 2000; 2001). Esta posición no parte de la dicotomía entre la modernidad industrial y la reflexiva como lo establece Beck, sino entre la modernidad sólida y la modernidad líquida. La modernidad sólida se caracteriza por sus formas industriales rígidas (por ejemplo: identidades personales fijas, un trabajo de por vida, control panóptico sobre el tiempo y el espacio), mientras que la segunda modernidad, la líquida, es efímera y fluida, donde las identidades ya no son “naturales” sino “hechas”, el empleo es flexible y en gran medida de corto plazo, y las estrategias sinópticas (la mayoría ve a la minoría) acompañan la implosión del espacio físico. Donde Bauman y Beck coinciden es en el énfasis del *Unsicherheit* (incertidumbre, inseguridad, falta de seguridad), núcleo de la segunda modernidad (ver Bauman, 1999). De esta manera, uno no se salva de la liquidez ni en lo más estable de los supuestos más sólidos. En el mundo laboral, por ejemplo, las fuerzas del capital global nos afectan a todos (aunque a unos más que a otros, ver Bauman, 1998a). Nadie puede escapar de la amenaza de la racionalización, por ejemplo, una caída del mercado demanda un recorte de personal y un posible desempleo, advierte:

El mensaje es simple: cada uno es potencialmente difuso o superfluo, por lo que cada uno es vulnerable y ninguna posición social, de alguna manera, elevada y poderosa debería verse ahora, en el largo recorrido precario; al igual que los privilegios son frágiles y están bajo peligro (1999:172).

Como Beck y Giddens, Bauman forja su idea de esta nueva incertidumbre del mundo contra muchos de los supuestos de Marx y Weber. Para Bauman, las sociedades occidentales están hoy definidas más por prácticas de consumo que de producción: “todos nosotros somos consumidores libres individua-

A mediados de la década de los noventa los debates acerca de la naturaleza de la modernidad y la postmodernidad formaron parte de una disputa sobre la naturaleza y trayectoria de la “globalización”. Tal es así, que hoy es prácticamente imposible hablar de modernidad o postmodernidad aislado de la cuestión de la globalización.

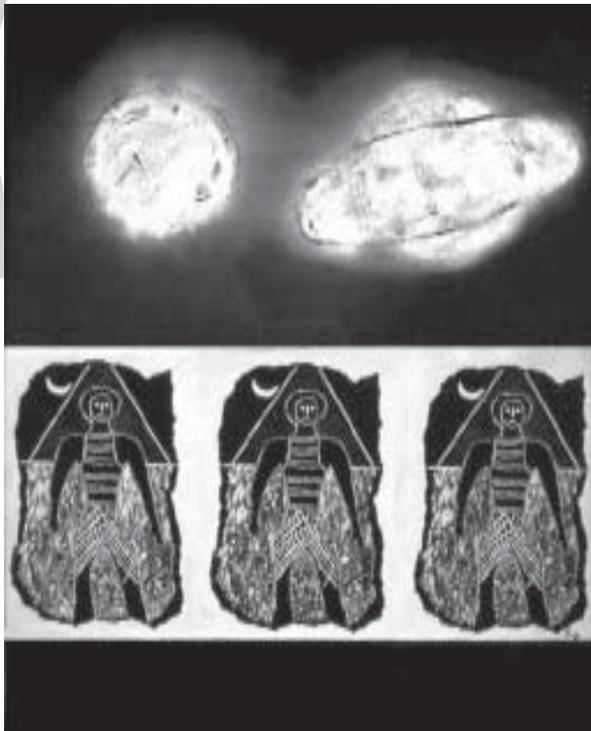
lizados a comprar alrededor de los fines, al igual que de nuestras identidades” (Bauman; 2000:83). Este énfasis en el consumo lleva a Bauman a rechazar la teoría de Marx de las clases sociales, ya que en estos momentos la clase no se encuentra definida por una relación con los medios de producción, sino por prácticas de consumo (ver Bauman, 1998b). Viéndolo de esta manera, por una parte, el poder toma sentido de seducción más que de coerción y, por la otra, las clases se convierten en “cultas” y, en cierto modo, despolitizadas.

Más allá de estas ideas, Bauman contradice a Weber, argumentando que la idea de la racionalización (un proceso en el cual los principios de la racionalidad instrumental se encuentran al frente) es anacrónica. Mientras en la modernidad industrial los

medios para alcanzar las metas deseadas fue la cuestión central, ahora, en la modernidad líquida tenemos los medios para alcanzar prácticamente cualquier cosa. No obstante, batallamos en elegir los fines de la acción a causa de la gran cantidad de valores sobre la oferta. Es así como los fines de la acción, más allá de la forma de cómo lograrlos, se convierten en causa de la incertidumbre. De esta manera, Bauman reflexiona:

...las probabilidades son que la mayor parte de la vida humana y la mayoría de las vidas humanas estarán agonizando acerca de la elección de metas, antes que encontrar los medios para los fines tal como lo demanda la reflexión (Bauman; 2000:61).

Lo planteado aquí por este autor es debido a que el rango de fines adquiribles ha proliferado con



la modernización y la emergencia de la sociedad de consumo, por lo que hay demasiadas posibilidades para que un individuo las explore todas. Es aquí donde Bauman se acerca a la posición de Simmel (1997: 55-90), que aunque vivió a comienzo del Siglo XIX, observó que en la sociedad capitalista la gran cantidad de producción de bienes culturales no quiere necesariamente decir que el individuo los consuma completamente. Esto es lo que el filósofo y sociólogo alemán llamó la “tragedia de la cultura”.

TEORÍA GLOBAL

A mediados de la década de los noventa los debates acerca de la naturaleza de la modernidad y la postmodernidad formaron parte de una disputa sobre la naturaleza y trayectoria de la “globalización”. Tal es así, que hoy es prácticamente imposible hablar de modernidad o postmodernidad aislado de la cuestión de la globalización. En este proceso muchas teorías compiten hoy en la arena sociológica, sin embargo, y a tono con lo anteriormente planteado, hablaremos sólo de dos puntos de vista: la globalización como postmodernidad (Featherstone) y la globalización como la extensión de la modernización reflexiva (Beck). Ambas posturas son altamente relevantes para la presente discusión ya que ellas representan un reto a los supuestos básicos de la teoría sociológica clásica.

La globalización como postmodernidad

En su trabajo *Undoing culture* (1995), Mike Featherstone puntualiza una firme conexión entre la globalización y la extensión de la cultura postmoderna. Esto puede parecer extraño, ya que la idea de un mundo unificado en espacio y cultura va en contra de las ideas postmodernas de la diferencia y la diversidad, puesto que postmodernización se refiere a la descentralización radical de la cultura y a un acentuado incremento en la complejidad cultural. También Featherstone argumenta que esto es el proceso de la globalización:

... no parece estar produciendo uniformidad cultural; en cambio nos pone al tanto de nuevos niveles de diversidad. Si hay una cultura global, sería mejor concebirla no como cultura común, sino como un campo en el cual las diferencias, las luchas de poder y las competencias de prestigio cultural se llevan a cabo... por lo tanto, la globalización nos pone al tanto de la completa dimensión de la diversidad y de la multilateralidad de la cultura (1995: 13-14).

Según él, lo que está en cuestión aquí es el auge de la cultura en la vida social, ya que la globalización ha puesto en contacto culturas que en tiempos pasados no solamente fueron separadas, sino también “firmemente ligadas a las relaciones sociales”.

Este proceso ha abierto una serie de cuestionamientos de las ideas clásicas de “lo social”, por lo que Featherstone nota que no solamente “más personas están cruzando fronteras y tienen múltiples afiliaciones la cual refleja los estereotipos”, también “fue el cambio sin cesar en el balance de poder global de occidente al grado que no puede ahora evitar escuchar al ‘otro’, o asumir que lo moderno es un último estadio del desarrollo” (1995: 12). En otras palabras, la globalización ha traído un incremento en la hibridación de la cultura, que como efecto expone el reclamo a la universalidad o exclusividad implícita en el seno de las ideas clásicas de lo social, llevándonos a demandar un pensamiento nuevo acerca de lo social y sus organizaciones. Un argumento central de esta posición se encuentra en la teoría de la autonomización de la esfera cultural (Featherstone, 1995: 15-33), así como una aseveración de la naturaleza fundamentalmente híbrida de las modernas culturas occidentales (ver 1995: 150). Pero al mismo tiempo, Featherstone rechaza reemplazar el análisis sociológico como puramente cultural. En vez de esto, él usa los desarrollos culturales para cuestionar la configuración actual de lo social. De esta manera, el autor establece:

Es sólo relativo en la actualidad y en respuesta a la fase actual de la intensificada competencia y de las

La globalización ha traído un incremento en la hibridación de la cultura, que como efecto expone el reclamo a la universalidad o exclusividad implícita en el seno de las ideas clásicas de lo social, llevándonos a demandar un pensamiento nuevo acerca de lo social y sus organizaciones.

interdependencias globales, el comenzar a pensar que puede haber aquí un problema sociológico: cómo desarrollar una serie de conceptos adecuados para entender este proceso. Conceptos que, en primer lugar, no se basan en las presuposiciones del sistema consolidado bajo el concepto maestro de ‘sociedad’, de modo que la perspectiva de los que hablan de la ‘sociedad mundo’ como una cierta forma de ‘gran unificador’, ejemplificada en el Estado-nación, se rechaza. En segundo lugar, conceptos que son sensibles a las dimensiones culturales y sociales de estos procesos y que no los reducen a las derivaciones o reacciones, a lo económico. El proceso de globalización, entonces, se puede entender como la progresiva extensión de grupos de referencias de las sociedades que son establecidas en un proceso de contacto en el que se forma necesariamente un mundo, del todo indeterminado y limitado que el mundo que sería en el momento que lo comparamos con el mundo conocido como finito en que vivimos. Este proceso trans y supra-societal forma el contexto dentro del cual las sociedades pueden desarrollarse (Featherstone, 1995: 136).

Para Featherstone, la globalización aunque se encuentra ligada al proceso de la postmodernidad, no es simplemente un proceso de cambio cultural, sino un cambio social o societal. El desafío, entonces, puesto para nosotros es investigar un nuevo camino o nuevas formas de teorizar la naturaleza de lo global o de las sociedades globalizadas, esto nos lleva a la invención de nuevos conceptos y métodos para definir y entender lo social.

La globalización como modernización reflexiva

En *¿Qué es la globalización?* Ulrich Beck desafía el concepto de globalización como parte de la postmodernidad tratando a este proceso como una extensión de la modernización reflexiva. Beck comienza con una crítica de lo que él llama globalismo o, “la visión de que el mercado mundial elimina o suple la acción política. Esto es, la ideología de la regulación por el mercado global, la ideología del neoliberalismo” (Beck, 2000: 9) Argumenta que en vez de definir el cambio como una simple lógica de desarrollo, la globalización debe de ser entendida como un proceso complejo con múltiples causas, en la cual múltiples esferas arrastran el proceso – “Tecnologías de la comunicación, ecología, economía, organización del trabajo, cultura y sociedad civil” (Ibid., p.19)–. Este enfoque va en contra del globalismo, ya que éste propone una concepción mono lineal del cambio social (como se encuentra en las obras de Marx y Comte) y por lo tanto, permanece ligado a las premisas de la modernización industrial (la primera modernización). Contrario a esto, Beck propone una teoría reflexiva de la globalización que debe ser desarrollada en base a la incorporación de dos nuevos conceptos: uno, la “globalidad”, la cual refiere a la colisión de las fuerzas económicas, culturales y políticas en una sociedad mundial, y el otro, el proceso de la “globalización *per se*”, el cual “denota el proceso a través del cual los Estados nacionales soberanos están en la encrucijada y debilitados por actores transnaciona-

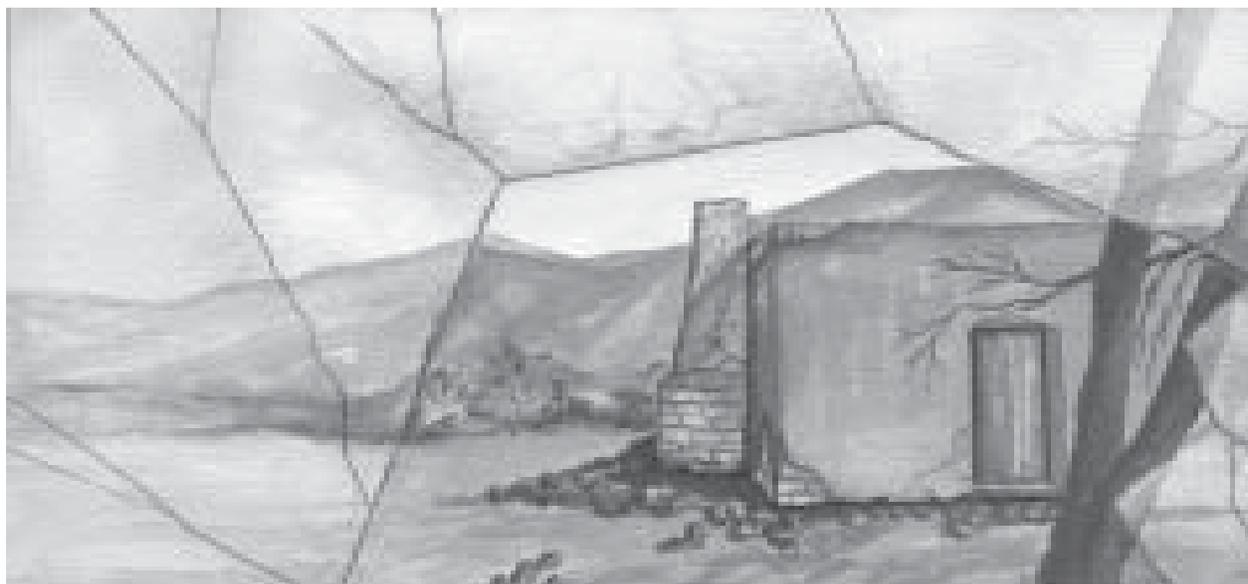
les con diferentes perspectiva de poder, orientaciones, identidades y redes” (Beck; 2000:11).

El meollo de este enfoque representa un reto a lo que Beck denomina nacionalismo metodológico de la sociología clásica (aunque no es opuesto en su forma al enfoque postmoderno de Featherstone). Este nacionalismo se encuentra en el supuesto en el cual “vivimos y actuamos en espacios limitados de los Estado nacionales y sus respectivas sociedades nacionales” (Beck; 2000:20). Esta visión se detecta en los trabajos de Durkheim, Weber, Marx y hasta Simmel. Por ejemplo, Roland Robertson muestra que muchos de los escritos de ellos tenían un interés claro en los problemas de la globalización, pero la mayor parte fueron concentrados en los problemas societales internos del Estado-nación. Robertson observa que esto conllevó a un sesgo en la teoría social:

Trabajar dentro de los parámetros de la sociología clásica ha implicado erróneamente la concentración sobre los asuntos básicamente internos de las ‘sociedades modernas’, en gran medida, una perspectiva que fue consolidada por el auge, durante el período de la ‘alta’ sociología clásica, de la disciplina de las relaciones internacionales (la nueva ‘ciencia depresiva’). De esta manera, la sociología (así como la antropología) vino a ocuparse, con un criterio comparativo, de las sociedades; mientras que las relaciones internacionales (y las subdisciplinas de la ciencia política) trataron aquellas interactivamente, mediante las relaciones entre las naciones (1992:16).

En otras palabras, la teoría clásica tiende a ver sólo sociedades individuales (nacionales), apartándose de lo que Wallerstein (1974) denominó Sistema-mundo.

En respuesta a esto, Beck establece que la teoría social no puede tratar a la sociedad confinada al Estado-nación, ya que la globalización ha destruido la ortodoxia territorial de lo social y lo político, estableciendo en su lugar espacios transnacionales para la acción, la vida y la percepción. Esto no significa



que ha llegado el fin del Estado-nación, sino que devela una nueva dependencia entre lo nacional y el sistema-mundo. Beck clarifica:

En la era global, los Estados nación no existen sin las sociedades mundo, y las sociedades mundo no existen sin los Estado nación y sus sociedades. Esto es la restricción resultante, el fracaso y las cuestiones no resueltas por lo que esta situación genera sus cargas políticas (2000:104).

El punto clave para Beck es que la segunda modernidad trae nuevos actores no estatales a la sociedad mundial, que se suman a los actores ya existentes en la sociedad mundial del Estado-nación.

Con esto, tres retos diferentes son dirigidos a la teoría clásica y contemporánea por igual: primero, desarrollar una idea de lo social que no se encuentre limitada a una teoría del Estado-nación; segundo, poner en cuestión la conexión entre el Estado-nación y el Sistema-mundo; tercero, desarrollar nuevos métodos y conceptos para estudiar el mundo ya sea globalizado o en proceso de globalización.

RETOS FUTUROS

Lo que une a las tres teorías antes presentadas (postmodernas, reflexivas y globales), es un intento de cada una de repensar las ideas clásicas de lo social. La teoría postmoderna es quizás más radical que la teoría reflexiva en este aspecto, ya que reta el supuesto de que lo social es universal en su forma, además de que es inclusivo, en vez de exclusivo por naturaleza. Al mismo tiempo, estas teorías se han usado para cuestionar el impacto de la globalización en las formas sociales. Por una parte, la teoría postmoderna, ejemplificada en el trabajo de Featherstone, devela la complejidad social y cultural que emerge de la globalización. Por la otra, la teoría reflexiva, particularmente el trabajo de Beck, toma este proceso como una extensión de la segunda fase de modernización en la cual (como observa Featherstone) los límites de la sociedad industrial se encuentran amenazados por los nuevos movimientos transnacionales. En ambos enfoques, la globalización parece conllevar riesgos, crea incertidumbre y retos diferentes a los

experimentados previamente. Con esto, dichos enfoques convergen en plantear la necesidad de desarrollar nuevos conceptos de lo social y, por lo tanto, de la sociedad (un concepto que tendemos a tomar, erróneamente, como dado).

Con mayor seriedad que los demás, Beck se ha tomado la tarea de buscar y analizar las nuevas configuraciones de lo social. Argumenta que las unidades básicas de análisis de la sociología clásica –sociedad, clase y familia– se han convertido en “conceptos zombie”: conceptos que existen, pero que se encuentran divorciados de la realidad concreta. La sociedad, por ejemplo, no puede ser limitada dentro de las fronteras nacionales. El concepto de clase social en Marx ha abierto paso a nuevas divisiones sociales y culturales, muchas de las cuales no basan su esencia en lo económico; mientras que la familia es casi indefinible (Beck, al bromear en una charla reciente, dijo que este concepto puede ser definido hoy como dos o más personas usando la misma lavadora de ropa!). Con ello, Beck llega al núcleo del problema, denunciando que la sociología en general y la teoría social en particular, se encuentran mal equipadas para el estudio de los fenómenos sociales contemporáneos (globalizados). La razón para esto es simple: nuestra disciplina ha fallado en no cambiar con el tiempo. Ésta ha conservado la mayoría de sus conceptos hoy anacrónicos que necesitan replantearse (para Beck éstos se encuentran ligados al análisis de la modernidad industrial). Lo que es necesario es una reformulación de los conceptos básicos de la sociología, particularmente a la luz que arrojan los procesos de globalización. Sin este replanteamiento, la teoría so-



cial se encuentra en peligro de dejar de ser verdaderamente social en perspectiva: ya sea proyectando los ideales del pasado en los fenómenos contemporáneos, o buscando formas universales de lo social que ya no existen (si es que alguna vez existieron).

En su llamado a que la sociología debe reinventarse, Beck tiene razón. Sin embargo, no va más allá, ya que falla en proponer nuevos métodos o conceptos para el estudio de las sociedades contemporáneas, además, sin contestar, realiza cuestionamientos como la conexión entre el Estado-nación y el Sistema-mundo. Beck (1994; 1997)

voltea hacia los lados tratando de responder la pregunta de lo social por medio de la “reinención de la política”. Esta visión se encuentra también planteada en otros pensadores contemporáneos como Bauman en su libro *La búsqueda de lo político* (1999), Giddens en *Beyond left and right* (1994) y *La tercera vía* (1998). Ellos, al igual de Beck, buscan reconfigurar lo social a través de una idea política de la comunidad (ver Gane, 2001). Lo mismo hace Nikolas Rose quien analiza lo social como un territorio de gobierno (Rose, 1996). De esta manera, el planteamiento común de estos autores es el análisis de lo social por medio de la reinención de la política.

Extrañamente, estos movimientos se asemejan a la posición que toma Marx, quien en sus primeros trabajos busca ir más allá de la política, la cual sólo puede darnos libertades limitadas al reino absoluto de lo social (en el que hace sinónimo “de lo humano”) (ver Marx, 1975: 211-241). Lo que tenemos en la teoría contemporánea es la realización de no poder ir más allá de la política (ya que no puede haber una revo-

lución), bien dejando a lo social en una posición precaria, todo se reduce a una categoría política (con el argumento que todo es político como en el trabajo de Rose (1996)), o simplemente ignorando las dimensiones de lo social (convirtiendo a éste en un supuesto, como la mayor parte de la teoría social en la actualidad). En los dos casos hay problemas. Si lo social sólo puede abordarse a través de lo político o entenderse como una estrategia de gobernabilidad (Rose, 1996), ¿existe aún lo político (si alguna vez existió), o ha muerto, como dice Baudrillard? Beck, Giddens y Bauman parecen responder negativamente. Para Baudrillard, la falla de la política ha llevado a la sociedad a la muerte, mientras que para los teóricos reflexivos, que piensan diferente a Baudrillard, la vitalidad de la política contemporánea (en el caso de Bauman, la antigua política republicana) garantiza la vida futura de lo social. Por una parte, nada es verdaderamente político ahora, sin embargo, todo se ha politizado, incluyendo lo social. Pero si todo es político nada es político, esto significa que dichas posiciones no están, en última instancia, muy lejos. La política en ambos casos tiene la posición más alta. Pero si lo social se trata como un efecto de lo político, ¿qué pasa con la teoría social y con la sociología como disciplina? Indudablemente, ¿quién teoriza explícitamente en estos días sobre lo social? El hablar de lo político se ha convertido en una moda (como por ejemplo la serie de libros de Routledge *Thinking of the political*). De esta manera, hoy más que nunca es necesaria una teoría actualizada de lo social, una que reexamine la conexión de ésta con lo político (lo cual tiene a lo social inmerso, aunque lo social en sí nace de un proyecto político) y trascienda lo cultural (lo cual ha ocupado una posición privilegiada en la teoría postmoderna).

Lo social no ha muerto. Sin duda vive en diferentes formas por lo que podemos seguir hablando de la sociedad como un concepto actual. Esto es, como ha argumentado Beck, la teoría sociológica tiene la tarea de analizar y conceptualizar dichas for-

mas, ya que éstas no pueden reducirse ni a instancias de lo político ni darlas como supuestos sin cuestionarla. Lo que se requiere es una teoría (con un método) que reexamine las fronteras e interconexiones entre lo social, lo político y lo cultural a la luz del cambio histórico contemporáneo. Si los sociólogos rechazan esta tarea, entonces la teoría social perderá importancia y será remplazada por los estudios políticos y culturales (un proceso que ya comenzó). Para detener este proceso, los sociólogos deben de comenzar por redirigir la pregunta más clásica y fundamental: ¿qué es lo social? El valor de la empresa sociológica yace en su habilidad para responder a esta pregunta. 🐦

BIBLIOGRAFÍA

- Baudrillard, Jean (1983), *In the silent majority of the masses*, New York: Semiotext(e).
- (1993), *Symbolic exchange and death*, London: Sage.
- Bauman, Zygmunt (1987), *Legislators and interpreters*, Cambridge: Polity.
- (1998a), *Globalization: The human consequences*, Cambridge: Polity.
- (1998b), *Work, consumerism and the new poor*, Buckingham: Open University Press.
- (1999), *In search of politics*, Cambridge: Polity.
- (2000), *Liquid modernity*, Cambridge: Polity.
- (2001), *The individualized society*, Cambridge: Polity.
- Beck, Ulrich (1992), *Risk society*, London: Sage.
- (1994), "The reinvention of politics", en Ulrich Beck, Anthony Giddens y Scott Lash, *Reflexive modernization*, Cambridge: Polity.
- (1999), *World risk society*, Cambridge: Polity.
- (2000), *What is globalization?*, Cambridge: Polity.
- Featherstone, Mike (1990), *Consumer culture and postmodernism*, London: Sage.
- (1995), *Undoing culture*, London: Sage.
- Foucault, Michel (1977), "Nietzsche, Genealogy, History", en Donald F. Bouchard (Ed.), *Language, counter-memory, practice*, Ithaca: Cornell.
- Gane, Nicholas (2001), "Chasing the 'runaway world': The politics of recent globalization theory", en *Acta Sociológica*, 44(1), 81-9.
- (2002), *Max Weber and postmodern theory*, Basingstoke: Palgrave.
- Giddens, Anthony (1994), *Beyond left and right*, Cambridge: Polity.
- (1998), *The third way*, Cambridge: Polity.
- (1999), *The runaway world*, London: Profile Books.

Lyotard, Jean-François (1984), *The postmodern condition*, Manchester: Manchester University Press.

Maffesoli, Michael (1995), *The time of the tribes*, London: Sage.

Nash, Kate (2000), *Contemporary Political Sociology*, Oxford: Blackwell.

Marx, Karl (1975), "On the Jewish question", en Lucio Colletti (Ed.), *Karl Marx: Early writings*, Harmondsworth: Penguin.

Robertson, Roland (1992), *Globalization*, London: Sage.

Rose, Nikolas (1996), "The death of the social? Refiguring the territory of Government", en *Economy and Society*, 25(3), 327-56.

Simmel, Georg (1997), "The concept and tragedy of culture", en

David Frisby y Mike Featherstone (Eds.), *Simmel on culture*, London: Sage.

Wallerstein, Immanuel (1974), *The modern world system*, New York: Academic Press.

Weber, Max (1970), "Science as a vocation", en Hans Gerth y C. Wright Mills (Eds.), *From Max Weber*, London: Routledge.

Traducción de Pedro Carvallo Ponce

Recibido: octubre 2005

Aceptado: noviembre 2005